

## RUBÉN DARÍO Y SU POÉTICA MODERNISTA

Carlos Benítez Villodres

Muchas veces la fama del escritor, incluso la merecida, puede levantar una muralla entre él y los lectores, recelosos ante un nombre con demasiado sabor a manual de literatura. Pero en casos, como el de Rubén Darío, no debe existir temor alguno para derribar esa muralla: está garantizado que detrás de ella se encuentra un tesoro.

El modernismo (a fines del siglo XIX) renovó la expresión artística, especialmente la poesía. Hubo cambios radicales de tema y técnica como reacción contra la objetividad del realismo y del naturalismo y para rechazar el excesivo sentimentalismo de los románticos. Combinó lo mejor del romanticismo, parnasianismo, y simbolismo. Del romanticismo los modernistas asimilaron la intimidad y sonoridad del verso. Del parnasianismo derivaron una poesía impersonal, objetiva, dedicada a enfatizar casi exclusivamente la forma. Del simbolismo heredaron los elementos de la vaguedad, del color, de la musicalidad, del ritmo y del versolibrismo (usar versos libres, sin rima ni medida).

La poesía parnasiana se caracteriza por su objetividad e impersonalidad. Sus temas favoritos son las culturas clásicas y los paisajes y objetos exóticos que los parnasianos representan a través de imágenes plásticas, frías (estatuas de mármol, cisnes, marfil, etc.). Dado que la intención del poeta es exclusivamente estética, dicha tendencia suele llamarse esteticismo.

En cuanto al simbolismo o tendencia poética francesa de fines del siglo XIX. Sus principales representantes fueron Verlaine, Rimbaud y Mallarmé. Éstos cultivaron una poesía cuyos rasgos distintivos son la vaguedad, el verso libre y, de modo particular, los efectos musicales.

“El primer modernismo”, de tendencias románticas, se representa en los siguientes poetas: José Martí (Cuba), Manuel Gutiérrez Nájera o “Duque Job” (México), José Asunción Silva (Colombia), y Rubén Darío (Nicaragua).

El modernismo empieza con la publicación de “Ismaelillo” (Martí, el padre del movimiento), 1882. Sin embargo, Rubén Darío se considera el escritor más importante del movimiento porque su poesía demarca las tres fases del movimiento:

1.La fase esteticista que enfatiza los valores estéticos y universales, o sea, el arte por el arte y el cosmopolitismo, que persigue la belleza ideal - “Azul” (1888)-.

2. Plenitud o punto culminante del movimiento: “Prosas profanas” (1896), (“poemas no sagrados, escritos en el vernáculo o idioma popular, revelan innovaciones lingüísticas y métricas).

3. El momento mundonovista y metafísico que da preferencia a los temas americanos y a la introspección. Fase en la que el artista expresa su preocupación por los problemas de su tierra y por el propio dilema existencial: “Cantos de vida y esperanza” (1905). Aquí Darío llega a la conclusión de que ya no le basta vivir en la torre de marfil que se había construido en la juventud. Deja de perseguir el cisne-símbolo de la previa indiferencia del artista a la realidad externa. Está preocupado por la presencia de los Estados Unidos en el Caribe y por la intervención estadounidense en Panamá, a raíz de la Guerra hispanoamericana (1898).

Nos dice Reinaldo Spitaletta que Rubén Darío no era, según él, un “poeta para muchedumbres”, sin concesiones, sin facilismos ni demagogias. Pero, es, sin embargo, un poeta que perdura en la memoria colectiva, en la cultura popular. Pasa, digamos, y valga la hipérbole, como con los personajes de Cervantes: casi todo el mundo, por no decir todos, saben algo o mucho de Sancho Panza, del ingenioso don Quijote, de Rocinante, aunque, huelga anotar, no hayan leído la portentosa novela de don Miguel.

Y hasta en plaza de mercado, en almacén o cantina, a algún parroquiano se le oye decir, y más si ya está entradito en años, aquello de “juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver...”, o, por qué no, con aire épico “¡Ya viene el cortejo! / Ya viene el cortejo, ya se oyen los claros clarines. / La espada se anuncia con vivo reflejo; / ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines”. Sus poemas, fragmentos de ellos, apenas unos versos, regados por escuelas y asilos; por la memoria de los que ya tienen muchos años y el olvido hace parte de su cotidianidad, mas no olvidan al poeta, y por los que tienen poca edad, y apenas están descubriendo el mundo: “¿Cuentos quieres, niña bella? Tengo muchos de contar: / de una sirena del mar, / de un ruiseñor y una estrella...”.

En 1892 Darío viaja a España, como secretario de la Delegación de Nicaragua, a los festejos del IV centenario del descubrimiento de América. Convertido en poeta de éxito en Europa y América, es nombrado representante diplomático de Nicaragua en Madrid. Conoce personalmente a don José Zorrilla “viejo y pobre” a Gaspar Núñez de Arce, a don Ramón de Campoamor en la propia casa de este, quien le hace leer la décima que Darío le dedicara:

CAMPOAMOR  
Éste del cabello cano,  
como la piel del armiño,

juntó su candor de niño  
con su experiencia de anciano;  
cuando se tiene en la mano  
un libro de tal varón,  
abeja es cada expresión  
que, volando del papel,  
deja en los labios la miel  
y pica en el corazón.

También conoce a Pío Baroja, Jacinto Benavente, Manuel Valero, Miguel de Unamuno, Salvador Rueda, Francisco Villaespesa, Ramiro de Maeztu, Ramón María del Valle Inclán, Ricardo Baroja, Azorín, Carlos Fernández-Shaw, Ruperto Chapí...

Ese mismo año 1892, Juan Valera escribe a Menéndez y Pelayo: “Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de 24 a 25 años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa o en verso. Y no me ciega ni me seduce su facha, que no es todo lo buena que podría ser, ni su fácil palabra porque es encogido y silencioso”.

Rubén Darío conoce en París, en la editorial *Garnier* en la que colabora, a Antonio Machado, que trabaja como traductor, al que en alguna ocasión Darío calificó como "Verleniano de la más legítima procedencia". En París, los hermanos Machado también escribían artículos para la revista *Mundial Magazine* de la cual era director el propio Darío y ambos mantuvieron estrecha amistad con el nicaragüense. Asimismo, Valle-Inclán y Darío tienen una conexión excelente y se profesan mutua admiración. Ambos congeniaron por su afán innovador. Sobre Valle-Inclán escribió:

Este gran Don Ramón de las barbas de chivo,  
Cuya sonrisa es la flor de su figura,  
Parece un viejo Dios, altanero y esquivo.

En Madrid se hospeda en el hotel "Las cuatro naciones" donde coincide con el intelectual y humanista Marcelino Menéndez Pelayo a quien recibía por las mañanas en su habitación; juntos forjaron una gran amistad.

Rubén Darío fue un gran apasionado, desde la infancia, de la literatura española. Durante sus prolongadas estancias en España y sus veraneos en Asturias, visitaría a Ramón de Campoamor, en Navia. Frecuentó la casa de Antonio Cánovas del Castillo, político e historiador español, Presidente del Consejo de Ministros de España y también visitaría la casa del gran orador y excelente gourmet Emilio Castelar. Igualmente, Darío frecuentaba las tertulias

que organizaba en su estudio el pintor Julio Romero de Torres, miembro de la Real Academia de Córdoba y de La Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, a donde también acudían Ignacio Zuloaga, Gregorio Marañón, Benito Pérez-Galdós y Manuel Machado. En su libro titulado *Cabezas*, escrito en prosa y con un trazo rápido, Darío retrata con verdadera admiración a un grupo de españoles e hispanoamericanos entre los que destacamos a: Santiago Rusiñol, Enrique R. Larreta, Alejandro Zawa, Juan y Jenaro Cavastany, Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, entre otros.

Rubén Darío siempre respetó la obra de Unamuno, pero sus contactos eran fríos y cordiales como las cartas que se enviaron. A Unamuno, en cambio, no le interesaba Darío de quien llegó a decir: "se les veían las plumas de indio de debajo del sombrero". Al enterarse el propio Rubén, que se encontraba en París, envió una nota a Unamuno, el 5 de septiembre de 1907:

"Mi querido amigo:

Ante todo para usted una alusión. Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea pues justo y bueno".

A propósito de este incidente, Valle-Inclán, defensor de Darío, diría a Unamuno:

"Es el resultado de dos sujetos diferentes y opuestos. Es una realidad natural. Ustedes no han nacido para entenderse porque Rubén y usted son antípodas. Verá Usted: Rubén tiene todos los defectos de la carne: es glotón, bebedor, es mujeriego, es holgazán, etc. Pero posee todas las virtudes del espíritu; es bueno, es generoso, es sencillo, es humilde, etc. En cambio, usted almacena todas las virtudes de la carne: es usted frugal, abstemio, casto e infatigable y tiene usted todos los vicios del espíritu: es usted soberbio, ególatra, avaro, rencoroso etc. Por eso cuando Rubén se muera y se le pudra la carne que es lo que tiene malo, le quedara el espíritu que es lo que tiene bueno ¡Y se salvará! Pero usted cuando se muera y se le pudra la carne que es lo que tiene bueno, le quedara el espíritu que es lo que tiene malo, ¡y se condenará!".

La muerte de Rubén Darío conmovería a Unamuno que publicó un artículo en la revista "Summa", de Madrid, lleno de humildad, humanidad y arrepentimiento hacia la figura del gran poeta: "Hay que ser justo y bueno, Rubén".

En 1898 Darío regresa a Madrid como corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires y alterna su residencia entre París y la capital de España. A principios de 1900 traba amistad honda con Juan Ramón Jiménez. En 1904 Darío escribe a Jiménez: "Después de tantas decepciones solo me queda

usted; y tres seres a quien querer”, decepcionado de tantos adúladores y traidores. Jiménez escribe: “Usted es el único gran poeta que hay actualmente en España”. A continuación, transcribo el soneto que Rubén Darío le dedicó a Juan Ramón:

A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza  
para empezar, valiente, la divina pelea?  
¿Has visto si resiste el metal de tu idea  
la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza  
que vida con los números pitagóricos crea?  
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea,  
a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te entenece el azul de una noche tranquila?  
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila  
cuando el Ángelus dice el alma de la tarde?...

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?  
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.  
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

Nicasio Urbina refiere que en el siglo XXI los estudios darianos continúan con gran ímpetu y vitalidad. Los estudiosos nicaragüenses recientemente realizaron un simposio en León titulado “Rubén Darío y su vigencia en el siglo XXI” entre el 18 y el 20 de enero del 2003 en la ciudad de León. Se puede leer una selección de las charlas en la edición preparada por Jorge Eduardo Arellano bajo el mismo título. La calidad de muchas de las ponencias y la visión de conjunto demuestra que tanto dentro como fuera de Nicaragua la obra de Darío se sigue leyendo y estudiando, que sus logros, alcances y significación continúa generando debate, ideas, revaloraciones. Eso me parece es la prueba definitiva como dice Noel Rivas Bravo, de un clásico. Los dos pensadores más profundos de Nicaragua, Carlos Tünnermann Bernheim y Alejandro Serrano Caldera, coinciden en afirmar que la contribución más importante de Darío, aparte de su renovación en la poética, fue su modelo de humanismo, su integración de la cultura universal para crear una especificidad hispanoamericana, su conducta humanista. Los ensayos contenidos en este volumen demuestran, por diferentes caminos, las profundas repercusiones de ese modelo.

Finalizo esta exposición sobre Rubén Darío con este genial soneto dedicado a España. El poeta nicaragüense siempre llevó a nuestro país en lo

más hondo de su corazón, porque Darío ama a España en sus gentes, en sus ciudades, en sus calles..., “¡Hispania por siempre! Español de América y americano de España”. En sus estancias en nuestro país, Rubén visitó Asturias, Cataluña, Alicante, Mallorca, Andalucía..., y en esta última Comunidad estuvo en Málaga. Córdoba, Granada, Sevilla...

Asimismo, Con estas palabras describe genialmente las Ramblas de Barcelona: “En esa ancha calle, como sabréis, de un pintoresco curioso y digno de nota, baraja social, revelador termómetro de una especial existencia ciudadana. En la larga vía van y vienen, rozándose el sombrero de copa y la gorra obrera, el smoking y la blusa, la señorita y la Hermenegilda. Entre el cauce de árboles donde chilla y charla un millón de gorriones, va el río humano, en un incontenido movimiento”. Asimismo, nos manifiesta: “Fuera de la energía del alma catalana, fuera de ese tradicional orgullo duro de este país de conquistadores y menestrales, fuera de lo permanente, de lo histórico, triunfa un viento moderno que trae algo del Porvenir; es lo Social que está en el ambiente; es la imposición del fenómeno futuro que se deja ver; es el secreto a voces de la blusa y de la gorra, que todos saben, que todos sienten, que todos comprenden, y que en ninguna parte, como aquí, resulta tan palpable en magnífico alto relieve”.

## ESPAÑA

Dejad que siga y bogue la galera  
bajo la tempestad, sobre las olas:  
va con rumbo a una Atlántida española,  
en donde el porvenir calla y espera.

No se apague el rencor ni el odio muera  
ante el pendón que el bárbaro enarbola:  
si un día la justicia estuvo sola,  
lo sentirá la humanidad entera.

Y bogue entre las olas espumeantes,  
y bogue la galera que ya ha visto  
cómo son las tormentas de inconstantes.

Que la raza está en pie y el brazo listo,  
que va en el barco el capitán Cervantes,  
y arriba flota el pabellón de Cristo.